

Michel Serres y la comunicación como ontología (una saga análoga a la génesis de las formas simbólicas)

GUSTAVO GARDUÑO OROPEZA
MARTHA ISABEL ÁNGELES CONSTANTINO

Introducción

Iam Primum Omnium satis constat...

La comunicación —como área de reciente formación— ha apelado a diferentes disciplinas para constituirse y lograr un cierto nivel de identificación con sus objetos de estudio y con los métodos de aproximación a los mismos. Sus alcances han entrado de forma permanente en conflicto o simplemente se han diluido al toparse con posiciones que, desde otras aristas del saber social o formal, consideran al “sentido” como un eje articulador de sus propios métodos o como un criterio para la definición de sus alcances en investigación. Este problema largamente denunciado¹ ha traído como consecuencia que los estudios en la materia se centren principalmente en ámbitos operativos y se les relacione con sucesivas redefiniciones prácticas o series de “adjetivaciones”, “tecnias” y “logías”² que acotan progresivamente su sentido, dando como resultado una miopía que limita en mucho su alcance epistémico y heurístico.

¹ Por ejemplo, en Vasallo, I. y R. Fuentes, 2005; Fuentes, 2006 y Bordería *et al.*, 1998, entre muchos otros textos compilatorios, que se refieren al estado del arte en comunicación como una yuxtaposición de perspectivas que buscan integrarse en un corpus de prácticas heterogéneas que van desde el periodismo hasta el estudio de sistemas, con énfasis en su dimensión empresarial, gubernamental y de alcance de plataformas tecnológicas.

² E. g. Comunicación social, Comunicación organizacional, mercadotecnia, comunicología, imagología, antropología del consumo, etcétera.



La comunicación, en consecuencia, no puede ser entendida como una colección de prácticas o una serie de concepciones que se les adecuan; desde la propia etimología *communis* se anticipa un alcance que la presenta más como una base para generarlas, integrarlas y pensarlas, que como un mero derivado de las mismas.

Precisamente este texto intenta brindar una perspectiva de la comunicación más como dispositivo integrador que como elemento explicativo. Para ello hace un rescate de su valor a partir de dos posiciones que, si bien son ajenas, resultan complementarias al momento de identificar su importancia ontogenésica (Michel Serres) y las heurísticas de la cultura presentes en las formas simbólicas de la antropología filosófica (Ernst Cassirer).

El elemento sobre el cual se articulará la presentación de este ensayo será el mito clásico de Prometeo, al que consideramos una alegoría genésica en la que la comunicación opera como formadora del mundo y productora de los mecanismos para entenderlo. Desde una óptica constructivista, esta idea servirá para rescatar la imagen del sentido como vínculo colectivo que es, a la vez, garante de aseguramientos y catalizador de niveles de conflicto, lo que redundará o en el fortalecimiento de las formas de la cultura o en la producción de cambios en el interior de las mismas.

El primer apartado de este texto tiene como finalidad revisar a la comunicación como recurso ontogenético; lo hará a partir de una reflexión sobre el papel que la disciplina viene desempeñando como dispositivo vinculante, generador de estructuras convencionales y, a la vez, de dinamismos que acrecientan el alcance de las mismas. Luego se trabajará la idea de analogía como base para la prescripción, saturación, producción y traducción del sentido, con el fin de expresar el modo por el cual se llega a una conformación de estructuras a partir de aseguramientos de información, cuyo objeto es catalizar niveles de desorden emergente, expandiéndose y generando formas simbólicas. Finalmente, se establecerá un paralelismo entre la idea del “Atlas” y la de “Forma simbólica” como alegoría del saber o del repertorio sobre el cual los hombres establecemos nuestras certezas culturales. Un catálogo de aseguramientos humanos cuya base radica precisamente en la consolidación de los acuerdos comunicativos que los engendraron. El cierre del ensayo implicaría identificar a la comunicación (vista desde la filosofía y la antropología filosófica) como una base para pensar lo social y, consecuentemente, comprender la pluralidad de sus aseguramientos ya no en el sentido de un derivado más de éstos sino como una plataforma necesaria –y consustancial– que permitiría la generación de categorías ontológicas y la operación de las dinámicas que condicionan o –mejor aún– engendran las diferentes formas simbólicas en el gran marco de la cultura.



Ontogénesis

El primer trabajo es de frenético asesinato que se prolonga hasta que los átomos se obtienen. Hasta que resulta imposible seguir cortando. Asesinato que se desarrolla hasta que la víctima no puede ser cortada en piezas más pequeñas. Así ha nacido la agricultura. El espacio desnudado, un dominó en blanco [...] en donde la maleza ha desaparecido.

(Serres, 1997: 177-178)

Los entes y el Ser

Desde la biología hasta la filosofía del lenguaje, el término “ontología” ha guardado relación con lo que podríamos llamar un *principio o base de existencia* que considere que toda entidad puede ser diferenciable en virtud de:

- Sus características intrínsecas o perceptibles.
- El conjunto de correlaciones que se manifiestan entre ellas y por las cuales cobran pertinencia en el tiempo y el espacio.

Toda dimensión en este sentido conlleva, por tanto, una ubicación coyuntural de las entidades que aparecen como una presencia sensible (relativa/situacional) que, al volverse comprensible en sus límites, conduce y acota nuestra percepción, generando determinadas dimensiones de realidad³ denominadas: “Condiciones del Ser”.

Por lo anterior, un momento ontogenésico supone tres estadios:

- a) El de la percepción de las entidades.
- b) El de la correlación entre ellas por la unión o ruptura en la que sus propiedades entran en juego, ya sea asimilando información mutua u oponiéndose a ésta.
- c) El de la adecuación que permite generar límites funcionales y abstractos entre las entidades. Acto que corresponde no necesariamente a los elementos involucrados en ellas, sino a metarreferencias presentes en la mente de quien las observa.

³ Realidad-Sensible (relacionada con los entes perceptibles) o Realidad-Abstracta (relacionada con los entes de razón).



Las primeras dos propiedades de las entidades pueden ser desarrolladas por cualquier entidad viviente tanto en su estructura como en función, pero en lo que toca del tránsito hacia el “Ser”, un abismo prácticamente insuperable se abre al verse implicado entre ellas el oscuro mundo del tránsito hacia el sentido como elemento que jerarquiza, organiza y refiere a la información. Es decir: el reconocimiento de una coyuntura, una memoria y una capacidad de proyección consciente.

Génesis

Nuestra argumentación inicia con la historia trágica de Prometeo⁴ y su hermano Epimeteo.⁵ Ambos fueron hijos del Titán Jápeto y aparecen en la Teogonía como resultado de una distinción y de una lucha. Los dos colaboraron con los dioses en el sometimiento de los demás titanes y, consecuentemente, en la reversión de un desorden primigenio al que Zeus quería poner fin: precisamente ese caos que implicaba a las fuerzas naturales. Por su valentía –y una vez obtenido el triunfo– los hermanos fueron premiados al otorgárseles la capacidad de asignar propiedades a los habitantes del nuevo cosmos; del cual ambos obtuvieron la posibilidad de volverse observadores y artífices de la realidad al generar distinciones y asignar propiedades. La idea de la conciencia, de ese tercer elemento que media entre las entidades, queda expuesta en el relato.

El nuevo potencial de los hermanos, como sus nombres lo indican, fueron las formas de pensamiento; por lo mismo, ambos contaron con una competencia para superar el caos y la indeterminación por la capacidad de dar forma al mundo, desarrollando procesos de ontogénesis.

En primer lugar, Epimeteo –abrupto, impulsivo, nada reflexivo– repartió propiedades entre las plantas y los animales, lo que les permitió llegar a ser percibidos; luego estableció relaciones entre ellos dadas sus cualidades como el color, la textura, el movimiento, la temperatura o, incluso, las propiedades de acción (alas para volar, aletas para nadar, garras para la defensa o la agresión, pelaje como protección, fuerza para migrar, visión nocturna, adaptabilidad al entorno, etc.), logrando distinguirlos hasta que se agotó el repertorio de cualidades.

Entonces Epimeteo tuvo un problema cuando, al llegar frente al hombre, encontró que su saco de dones estaba ya vacío y, por tanto, no tuvo otra que dolerse del efecto de sus actos y apelar a su hermano para que se ocupara del asunto. Prometeo –sereno, astuto y reflexivo– hizo una oración a la diosa Atenea, quien le “mos-

⁴ Pro-Mitis: el que piensa con anticipación.

⁵ Epi-Mitis: el que piensa con dilación.



tró” los códigos celestes para abstraer el mundo y lograr que los hombres fuesen llevados a la vida, diferenciándolos del resto de las especies gracias a la propiedad del lenguaje, la razón matemática, la expresión estética y la memoria histórica o mítica. Prometeo actuó y pronto la similitud de sus criaturas con los dioses resultó ser más que obvia. Los nuevos entes no tardaron en hacerse conscientes de su situación frente al mundo y aprovecharse de ella.

Génesis es, entonces, un principio formativo en el que un punto, entre un todo de posibles, cobra pertinencia.⁶ Se trata de un llamado a la atención, una ocurrencia o una propensión a privilegiar una figura de un fondo. De esta figura partirá, en lo sucesivo, un proceso de ordenamiento de ese fondo; es decir, un proceso de circulación informativa que, al cobrar pertinencia para quien lo realiza, derivará en el único dispositivo factible para realizar una construcción de la realidad: un proceso de comunicación, un generador ontológico (cfr: Garduño, 2012).

Si bien el orden primigenio parte de una selección y se manifiesta en la subsecuente repetición de la misma, para Michel Serres (1995) éste no es otra cosa que la anulación de un “Ruido de Fondo” o la reducción del caos primigenio que cede ante el esfuerzo por generar un curso, un trayecto, un mínimo orden impuesto por una distinción inicial: Un trabajo. Este último se vuelve condición de todos los entes vivos y permite la formación de sus límites para la percepción y la correlación.⁷ “El trabajo, por lo tanto, perfila, esboza, da forma a lo protéico y emerge de la perturbación, del ruidoso y turbulento océano que circunda a la isla de Pharos, el brillar y oscurecerse de la luz a la distancia. Sin estas conjunciones no hay huellas, no hay perfiles, no hay trabajo” (Serres, 1995b: 18-19).

Trabajo fue el del Titán para separar y distinguir. Trabajo fue el de los hombres para mantener sus propias condiciones. Trabajo es el de Epimeteo y el de sus cria-

⁶ En donde la relación entre lo observado y quien observa se vuelve un asunto de relativismo (cfr: Briggs y Peat, 2005: 61 y ss).

⁷ “Todo sistema viviente –incluidos nosotros los observadores– está en cualquier momento donde está, tiene la estructura que tiene y hace lo que hace en ese determinado momento, siempre en una situación estructural y de relaciones que resulta el presente de una deriva ontogenética que comienza en su principio como tal en un determinado lugar, con una determinada estructura, y sigue el único derrotero que puede seguir. Distintos tipos de sistemas vivientes difieren unos de otros en el espectro de las ontogenias que el observador, u observadora, considera posibles para cada uno de ellos en su discurso, como resultado de sus diferentes estructuras iniciales y de sus distintos puntos de partida, pero cada ontogenia que tiene lugar precisamente como una deriva ontogenética única en un proceso sin alternativa alguna” (Maturana, 1996: 127).



turas para subsistir de acuerdo con repeticiones. No obstante, la adecuación no aparece en forma tan inmediata, pues supone un trabajo aún más complejo en el que las dos condiciones anteriores puedan ser asimiladas por sus propios portadores, es decir: la reflexión.

Hasta aquí encontramos elementos para caracterizar a la comunicación como un recurso para la reducción del caos, para la diferenciación y la consecuente reflexión. Genésico, ya que gracias a su aparición se hace posible una toma de posición en la que los precedentes de orden son sometidos a nuevas condiciones de percepción y diferenciación, generando un ciclo sin fin que se alimenta a sí mismo.

Los seres prometeicos se volvieron reflexivos en el momento en que se hicieron cargo de las formas por las que sus actos se repetían, y de los modos por las que dichas repeticiones surgían y se condicionaban. Esta toma de conciencia les dio la capacidad de intervenir la realidad, modificarla y, por tanto, controlarla, haciéndose con ello similares a los dioses (tal vez esta fue la razón de la ruptura con Zeus, idea que se hace recurrente en la imagen del pecado original y la primera aparición del “Deus Ex Machina”), lo que les infundió no sólo confianza sino la capacidad de reconocer que el orden era la condición necesaria para la existencia. La idea de “posibilidad”, la proyección a futuro y el pensamiento anticipado –precisamente el que distinguía a Prometeo– pronto pasaron a ser cualidades ontológicas del hombre: un “Ser productor de signos” que veía en ellos la posibilidad de exorcizar el caos, avanzando sobre las huellas de un orden probado. “[...] y ¿qué es la escritura de las huellas? El ensamble de perfiles posibles, la suma de horizontes. Es lo que puede darse, lo que puede conocerse, lo que puede producirse; es el manantial fenomenológico, el pozo. Es la cadena completa de metamorfosis del Mar Protéico. Proteo en sí mismo” (Serres, 1995b: 19).

Para Michel Serres, el término *Ichnographie*⁸ refiere la materialización del trabajo. Su producto aparece como base para una ulterior reflexión que puede ser interpretada en términos de un encuentro conflictivo entre la multiplicidad (el todo circundante) y la unidad (la distinción), o bien entre la armonía previa (continuidad) y el ruido emergente (discontinuo) que un observador realiza. El destino del hombre prometéico se forja, entonces, en esta línea de tensiones generada por el trabajo, y es que éste es precisamente la posibilidad de segmentar, marginando una porción y conduciéndola por vías de la repetición hasta que avanza por sí misma. Las huellas marcan una ruta pero también refieren a su productor, y generan esquemas que las tipifican y permiten usarlas en la repetición y en la ponderación contextual. No

⁸ “Rastro o escritura con los pies” (Serres, 1991).



es difícil establecer la correlación de este momento genésico con planteamientos ontológicos como el de la *firstness* peirciana que precede a la cualidad.

Pertinencia

Volviendo a nuestro mito: una vez que Prometeo dio a los hombres los dones de Atenea, los dioses quedaron satisfechos con la obra y consideraron a esas criaturas como niños a quienes podía mantenerse dándoles acceso a bienes necesarios para su sustento, como el fuego, el alimento, el vestido y el techo. Conformes con percibirse y relacionarse, los hombres mantuvieron la disposición de someterse demostrando gratitud a través de ritos y holocaustos en los que cantaban la gloria de los dioses y elevaban sus plegarias. El trabajo se centró entonces en la repetición ritual, pero no hubo avance o eso a lo que Serres denomina “producción”. Esta última supone la aparición de nuevas formas de ruido, caos emergente que les recordará a los hombres la indeterminación original y los llevará a trascender los ritos, revisando los límites de su actividad para adecuarla a las nuevas condiciones.

Prometeo se dio cuenta de que durante los sacrificios (esa alegoría del contacto entre el mundo natural y el saber o la voluntad celestial) las mejores víctimas y sus mejores piezas se destinaban a reconocer la potestad de los olímpicos, dejando a los hombres —ciegos en su conformismo— con tan sólo vísceras y despojos. Fue entonces que el titán del “pensamiento anticipado” decidió enseñar a los hombres el arte del engaño y, con éste, la perspectiva de diferentes futuros. Los hombres aprendieron a proyectar y en la anticipación apareció la forma de pensamiento prospectivo, el del objetivo o la meta.

La alegoría sigue refiriéndonos que, durante los holocaustos, los hombres aprendieron a disfrazar las piezas ofrendadas a los dioses, haciéndolas ver —mediante la cocción— apetitosas y plenas de carne, mientras que, en esencia, se trataba sólo de huesos o grasa. El fuego (de nuevo un simbolismo, esta vez de conocimiento, transformación e iluminación) abre posibilidades al hombre y con él se descubre capaz de realizar un nuevo trabajo: el de superar sus propios límites y adentrarse en el control del mundo por anticipación.

Los dioses, sin embargo, no eran tontos; Zeus descubrió el engaño y, montando en cólera, castigó a los hombres retirándoles la herramienta principal para la realización de sus trabajos: el fuego, la iluminación, la capacidad de ver, de reflexionar y transformarse.

“El rugir; el murmullo incoherente del mar; la batalla con la confusión generalizada, la náusea o el mareo no pueden ser evitados y, una vez más, aparecen como efecto de las posiciones limitadas” (Serres, 1995b: 20). Ésas en las que los humanos



fueron abandonados otra vez al ser desprovistos de la luz de la reflexión y la capacidad de proyección.

Paradoja

Desolado por la suerte de sus criaturas, Prometeo acudió de nuevo a la Diosa de la Sabiduría e imploró su ayuda. En esta imagen se puede ver el pensamiento anticipado al repertorio de experiencias disponibles –una sabiduría de base o memoria– para develar la forma de catalizar una nueva aparición de desorden. Atenea escuchó los ruegos y reveló al titán la existencia de un pasaje, un camino secreto que llevaba al Olimpo y a través del cual podía recuperarse el bien perdido. Asignó un trabajo: el del viaje iniciático por el conocimiento, en el que aparece el héroe lanzándose a una gesta propedéutica cuyo fin era devolver al hombre el don perdido, la cualidad de su ontología: el fuego. De este modo Prometeo se adentró en el Olimpo y con una antorcha (un instrumento, un medio o mediador) recuperó la llama, encendiéndola directamente del carro de Helios.

La comprensión de la naturaleza y el dominio sobre la misma aparecen a través de esa alegoría del saber de la que, luego, se inteligen la comprensión y el dominio de los procesos por los cuales aprendemos. En este sentido el titán no sólo produjo el fuego sino que enseñó a sus criaturas a mantenerlo encendido, para la cual lo colocó en el interior de un horno gigantesco. La imagen nos lleva alegóricamente al horno del conocimiento: esa caja negra por la que insumos crudos y caóticos se transforman en salidas cocinadas o plenas de sentido. Precisamente la noción de información que regresa a los hombres para que ellos la desarrollen por transformación y cambio en su propio beneficio.

Prometeo aparece entonces como el filósofo por excelencia: el maestro que abre las luces del conocimiento a sus alumnos y les muestra las vías para conservarlo. Pero, ¿cómo lo logra?... Mediante el ejercicio de la comunicación, del acuerdo que permitirá comprender la naturaleza del trabajo y la pertinencia del punto al cual éste se dirige.

“Es la función del filósofo, su empeño y su pasión, el proteger el bien supremo (el fuego, el saber; la capacidad de reflexión) tanto como sea capaz, resguardando la posibilidad como a un niño, como a un secreto o una semilla” (Serres, 1995b: 23, los paréntesis son nuestros).

Pero su labor no se restringió al mantenimiento de polaridades, como el bien y el mal, lo cierto y lo falso o lo blanco y lo negro. Desde el momento en que Prometeo se puso en movimiento estableció la forma de trabajo de la comunicación al modo de un flujo, de una corriente que vinculaba, sí, a ambos puntos de una di-



cotomía, pero también como un dispositivo que relativizaba esos límites y ponía en entredicho sus esencias. El conocimiento dejó de ser estable y se convirtió en algo dinámico: en una idea alejada de aquella en la cual los dioses dejaban a los hombres ser mientras éstos se mantuvieran a su disposición, aceptando, simplemente, repetir sin cuestionar.

El resultado de la intervención prometéica fue la fluctuación de las fronteras de la prescripción. Con la distinción inicial había nacido el tiempo o la capacidad de ver hacia adelante sin perder la idea del detrás. El mito como repetición ciega de ritos y creencias dio pie a una perspectiva más centrada en el trabajo humano: la historia, una forma simbólica que aparece como punto de emancipación de la voluntad divina que el hombre desarrolla en pro de su propia capacidad de transformar el mundo. En la historia el hombre se vuelve dios y cobra conciencia de su autonomía a través del pasado y sus proyecciones a futuro. La fluctuación resulta entonces un concepto central del que se desprende no sólo la idea de mantenimiento de lo instituido, sino también la imagen de expansión y dinamismo a partir de las formaciones iniciales.

Cualquier nacimiento, origen o principio que no desarrolle capacidad para adecuarse —esto es moverse— según sus propias necesidades de orden, no puede tener un impacto comunicativo de perpetuación, ya que no vencerá el obstáculo del tiempo. Bajo los principios de la distinción, trabajo y fluctuación, la perspectiva de Michel Serres coincide con posiciones epistémicas en las que la remanencia de una filosofía realista se tiñe de pragmatismo, implicando la existencia de un mundo potencial que surge gracias a la acción paulatina de indicios, símbolos y discursos emergentes, que lo van delimitando y asegurando en posiciones siempre relativas.

Estas posiciones (comunes en posturas epistémicas contemporáneas) se encuentran precisamente en las teorías basadas en el sentido, como las del llamado “constructivismo radical” propuesto por la escuela de Palo Alto,⁹ pasando por las perspectivas bio-sociales de Humberto Maturana y Francisco Varela sobre el desarrollo de sistemas autorreferenciales,¹⁰ hasta los planteamientos del pensamiento

⁹ “Por eso llamamos ‘operar’ a esa actividad que construye el conocimiento, y se trata del operar de esa instancia cognitiva que, como lo expresa tan bien Piaget, al organizarse a sí misma organiza su mundo experiencial. La epistemología se convierte así en un estudio de cómo opera la inteligencia, de la manera y forma en que el intelecto usa para construir un mundo relativamente regular desde el fluir de su experiencia” (Von Glasersfeld en Watzlawick, 2000: 31).

¹⁰ “Todo sistema viviente, incluidos nosotros los observadores, está en cualquier momento donde está, tiene la estructura que tiene y hace lo que hace en ese determinado momento, siempre en una situación estructural y de relaciones que resulta el presente de una deriva ontogenética que comienza en su principio como tal en un determinado lugar, con una determinada estructura, y sigue el único



complejo, como la reducción de complejidad general por complejidad organizada y la noción de “sistemas emergentes o complejos”.¹¹

En todas estas concepciones subyace la necesidad de ubicar un proceso que se manifiesta en la posibilidad de un observador que, como Prometeo, incida sobre lo observado, dando el fuego o la luz de nuevas delimitaciones y relaciones –que surgen a partir de su propia competencia– para anticipar o prever un objetivo.

Serres da respuesta de este modo a una serie de preguntas sobre el origen mismo del pensamiento: “¿Cómo nacen las formas desde lo amorfo? ¿Cómo nace la paz de lo inestable y cómo emerge el contrato social del flujo de masas que se mueven sin sentido y en todas las direcciones posibles? ¿Cómo emanan la armonía, el canto, el sonido articulado, el ritmo y los cantos de este ruido?” (Serres, 1995b: 26).

Analogías

Un nuevo ritual aparece y, con éste, una nueva forma de percibir el mundo y establecer relaciones. El ritual ya no es inmediato, el fuego ha vuelto y permite a sus usuarios una nueva forma de contacto con el mundo y con los dioses. El fuego es un cuasi-objeto o signo¹² que une al hombre con lo físico y lo espiritual, con la naturaleza y con los dioses.

Pero el humo de los sacrificios y de los hogares terrenales llegó hasta las narices de Zeus y le advirtió que su orden había sido desobedecida, que la prohibición de poseer y usar la luz fue levantada a sus espaldas y que los hombres ahora avanzaban por sí mismos. El padre de los dioses entró en cólera y, para castigar, obró en dos sentidos: prescripción y saturación.

derrotero que puede seguir. Distintos tipos de sistemas vivientes difieren unos de otros en el espectro de las ontogenias que el observador, u observadora, considera posibles para cada uno de ellos en su discurso como resultado de sus diferentes estructuras iniciales y de sus distintos puntos de partida, pero cada ontogenia que tiene lugar precisamente tiene lugar como una deriva ontogenética única en un proceso sin alternativa alguna” (Maturana, 1996: 127).

¹¹ Posiciones desde las cuales los sistemas pueden engendrar diferentes niveles de entropía y organización internos que no sólo permitan sino que redunden en la génesis o aparición de nuevas manifestaciones sistémicas. El caso opera para sistemas sociales, biológicos, informáticos o físicos (cfr. Johnson, 2003: 40-45).

¹² Cuasi-Objeto es lo que no llega a ser objeto en sí pero del que llegan a depender los mismos. Serres lo entiende como un agente de vinculación (un mediador, arlequín) susceptible de generar cambio o mutación en la estructura según la coyuntura en la que se relacione. Peirce lo consideraría, a su vez, un objeto pero dinámico porque permite el tránsito entre lo que se usa para interpretar y lo que debe ser interpretado.



Prescripción

El primer castigo lo aplica permitiendo al hombre mantener su posición de descubridor del mundo, pero, a la vez, abandonándolo a su suerte en el camino de este descubrimiento. Esto lo hace víctima de las paradojas que la luz y el fuego encierran, pues conocer y reflexionar no son asuntos fáciles.¹³ Pronto las criaturas de Prometeo tienen que generar directrices para una nueva forma de organización: rituales y fórmulas que en su repetición impliquen un nuevo aseguramiento de lo que sirve o no en ese esquema de trabajo; nociones de lo que está bien o mal y distinciones sobre lo que es bello y lo que no. De este modo, el saber se vuelve una cuestión moral y sus consecuencias no sólo llevan a cubrir objetivos sino a generar paradojas y enredos profundos.

Gracias al fuego —ese cuasi-objeto que da claridad— los hombres se apartan de la naturaleza e ingresan en la selva del lenguaje donde todo es interpretación y, por tanto, nada es lo que parece ser. Pronto, para alcanzar la convencionalidad, tienen que establecer leyes y patrones de conducta que, probados, hacen a la colectividad receptora, avanzar hacia objetivos comunes. Aparece entonces la prescripción como única seguridad en el camino del lenguaje; como una recurrencia a la ontogénesis inicial que la mantiene en el camino. El reconocimiento y la correlación comienzan a operar, pero en torno a las palabras, los sonidos y las imágenes. Fondo y forma dan seguridad pero ésta se colapsa cuando la coyuntura aparece y las referencias escasean. La reflexión surge en forma de interpretación y ésta necesita ser guiada.

Tras el nacimiento y terminada la inauguración, viene la institucionalización, que permitirá perpetuar el fuego y extenderlo. A partir de entonces los hombres “no haremos más que historia, no escribiremos nada sino interpretaciones, no seremos otra cosa que detectives. Horror. No haremos más que buscar culpables” (Serres, 1991: 20) y pistas que se apeguen o distancien de nuestros parámetros para que éstos puedan validarse. La verdad aparece entonces en la forma de la analogía y la analogía no es sino reconocimiento y correlación pero de modelos.

Verdad y mentira son productos o consecuencias de una selección sobre lo previamente seleccionado, como un acto de segundo orden o, mejor, de una segunda organización que busca reflexionar sobre reconocimientos, correlaciones y pertinencias discursivas. La prescripción es instrucción que permite mantener el

¹³ Versiones del mito implican en este castigo al mismo Epimeteo, quien, en su impulsividad y tras haberse casado con la bella Pandora, hace que se abra la caja de los “dones” y caigan sobre el mundo las calamidades de la irreflexión, la frivolidad, la materialidad y la duda, quedando sólo como virtud la esperanza.



movimiento en dirección a ese curso o su eventual revisión, es temporal y tiene la capacidad de dirigir el trabajo subsecuente a una fundación hacia el objetivo proyectado (precisamente el objeto prescrito).

Prescripción y regulación son el resultado del esfuerzo de los hijos del titán al asegurar sus relaciones; este proceso no termina en la definición de las formas simbólicas sino que supone la aparición de un dispositivo de vigilancia y control para cada práctica y ritual, para los diferentes niveles de intercambio y de interacción. Las estructuras de relación, de este modo, se hacen dinámicas ya replicándose, ya copiándose o reflejándose en modo análogo en cada nivel, en cada práctica y en cada relación. La analogía, la verdad, la prueba de que las relaciones con el marco de lo natural y lo divino están funcionando.

“Es más un contrato que una cosa, es más materia de la horda que del mundo. No un *cuasi*-sujeto sino un nexo, una atadura, no un cuasi-yo sino, en términos de Pascal, una cuerda o, de Leibniz, un vínculo. Todo nexo social no sólo será difuso sino inestable si no se objetiviza” (Serres, 1995b: 88). O, en palabras del semiólogo de Tartú, Yuri Lotman: “Para realizar su función social, [lo prescrito] debe intervenir en calidad de una estructura sometida a principios constructivos únicos. Esta unidad surge de la manera siguiente: en determinada etapa del desarrollo comienza para la cultura un momento de autoconciencia: crea su propio modelo...” (Lotman, 2000: 190).

Y precisamente la intención de la prescripción es hacer objetivo lo intangible. El signo deviene en cosa cuando se adecua al modelo que lo precede. La analogía y la verdad cumplen precisamente con la función de hacer algo objetivo. La razón es su heredera.

Saturación

El segundo castigo que impone el Padre de los Dioses cayó sobre Prometeo el portador de la luz y, en este caso, se trató de algo más radical: Zeus conjuró a los gigantes Gires, Coto y Brígaro, a quienes ordena apresar al titán y subirlo a la cima del Monte Cáucaso. Una vez allí, encadenado, enfrentaría un suplicio que se manifestó en la forma de un águila enorme que, día tras día, se posaría sobre él para devorar su hígado. Milagrosamente, ese órgano vital se regeneraría tras acabar cada festín, haciendo que el castigo se prolongase por toda la eternidad (algo terrible siendo Prometeo un ser inmortal). Esta es, probablemente, una de las alegorías más difíciles del mito, pero, para los fines que nos competen, sirve a la perfección al permitirnos referir la paradoja que encierra la propia prescripción y, curioso, la capacidad de “anticipar”. Y es que la tortura de Prometeo no es el castigo físico sino la idea de que éste se repetirá a perpetuidad al no haber excepciones –ruido– que lo



hagan salir de un curso prefijado. El conocimiento como absoluto, sin nuevas costas para explorar; sin excepciones que catalizar o asimilar; sin capacidad de expandir los límites en la contingencia, deviene en certeza absoluta: una nueva forma de caos.

La importancia que cobra la saturación en la epistemología de la comunicación es que engendra o da origen a una de las paradojas más conocidas: a saber que el aseguramiento por reiteración produce ceguera (habituación), ya que gracias a esto el ojo deja de descubrir en el accidente la figura que resalta sobre un fondo o la luz de un faro que aparece en el mar contingente de caos generado —en este caso— por obviedades.

La reiteración cobra figuras históricas emblemáticas en los mitos y en los dogmas como una analogía tan perfecta que no deja lugar a distinciones entre ésta y su referente (la idea del mapa y el territorio). Posiciones prescriptivas que, en su carácter de condicionamientos del actuar humano, no aceptan variaciones o —mucho menos— excepción. Su imagen moderna podría hermanarse con la idea de paradigma o base de racionalidad prefigurativa.

En aquel imperio, el arte de la cartografía logró tal perfección que el mapa de una sola provincia ocupaba toda una ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos mapas desmesurados no satisficieron y los colegios de cartógrafos levantaron un mapa del imperio, que tenía el tamaño del imperio y coincidía puntualmente con él. Menos adictas al estudio de la cartografía, las generaciones siguientes entendieron que ese dilatado mapa era inútil y no sin impiedad lo entregaron a las inclemencias del sol y los inviernos. En los desiertos del oeste perduran despedazadas ruinas del mapa, habitadas por animales y por mendigos; en todo el país no hay otra reliquia de las disciplinas geográficas (Borges, 1999: 120).

Reiterar tiene como objetivo, finalmente, la eliminación de la ambigüedad. Pero ello conduce a otro nivel de desorden, uno paradójico que, a saber, se constituye en el anquilosamiento de una fundación, mensaje, estructura o sistema, hasta el grado en que los libera de cualquier capacidad para cambiar o adaptarse al cambio. Impedido en su movilidad, cualquiera de estos ejemplos tenderá invariablemente a su anulación por volverse invisible para sus propios elementos o para los que, del entorno, lo rodeen.

De este modo, Prometeo soportó —porque no tenía alternativa— el suplicio. Para él, todo tiempo se anuló y el ir y venir del águila, el dolor y la regeneración como constantes dejaron de tener implicaciones morales. Su vida se volvió indeterminada ante la ausencia de eventos externos a los parámetros fijados por su mismo castigo y tuvo que vivir en la incesante analogía. No es sino hasta el momento en el que



Zeus volvió a requerir sus servicios que se abrió la oportunidad de experimentar una excepción, una salida.

Sabedor de que una nueva rebelión se planeaba en su contra, el padre de los dioses pidió al mensajero celestial, Hermes, que ofreciera la libertad al titán a cambio de nueva información de lo que su pensamiento anticipatorio pudiese mostrarle sobre la revuelta. Hermes —la alegoría del portador de información y, por tanto, del enredo, el engaño y la apariencia— reanimó al héroe encadenado pero éste se rehusó a apoyar a quien lo sometiera a tantas vejaciones. Hermes, sin insistir, se retiró dejando a Prometeo la idea (o un cierto ruido) de “algo” que no funcionaba plenamente en el Olimpo y de lo cual podía sacar provecho. Esto hizo que el titán recobrara su capacidad de anticipación y se pusiera de nuevo en acción.

Producción

Producir es guiar hacia adelante, generar nuevas fronteras a partir del movimiento o el cambio.

El castigo eterno no se cumple, pues la misma eternidad no llegó a ser comprendida. Zeus sintió urgencia por los servicios del titán y finalmente lo liberó con la condición de que un mortal se sacrificara por él tomando su lugar en la peña, y de que, una vez allí, diese muerte al águila. La idea de sacrificio humano se impuso al hombre a modo de una alegoría del trabajo, éste que habría de realizar para vivir del conocimiento.

Vencer la recurrencia del conocimiento sólo puede ser por la caducidad del mismo o por la eliminación del ruido generado en la reproducción. El conocimiento no es gratuito y la expansión del mismo dependerá de un esfuerzo para producirlo. El sacrificio aparece como un simbolismo del trabajo en ese segundo orden, un nuevo elemento transformador del caos, que en este caso es el que permite al mapa distinguirse del territorio.

[En] el mecanismo semiótico de la cultura [...] se introducen principios estructurales contrarios y mutuamente alternativos. Sus relaciones, la disposición de tales o cuales elementos en el campo estructural que surge cuando eso ocurre, crean la ordenación estructural que permite hacer del sistema un medio para guardar información. Es esencial que estén realmente dadas de antemano no tales o cuales alternativas determinadas, cuya cantidad siempre sería finita y, para un sistema dado, constante, sino el propio principio de alternatividad, para el cual todas las oposiciones concretas de una estructura dada no son más que interpretaciones a un determinado nivel (Lotman, 2000: 191; los corchetes son nuestros).



El sacrificio no es un acto sencillo ni que pueda ser realizado por cualquiera. Exige condiciones comunicantes que permitan vincular los estados de las cosas: el pasado como condición referencial y el futuro como condición deseable. Así se comprende que la suerte de quien reemplazó a Prometeo no fue, en absoluto, algo que se deseara y por ello pasó tiempo antes de que el Centauro Chyron, atormentado de dolor por haberse enfrentado a las flechas de Hércules,¹⁴ pidiera ser el sustituto y –de ese modo– encontrase la muerte tan añorada que pondría fin al sufrimiento. Pero tanto el centauro como el titán eran inmortales, por lo que el sacrificio no le garantizó el descanso. Se trató de un trabajo estéril que no produjo un cambio en su condición sino un mero aumento a los niveles de dolor. Prometeo tuvo que permanecer en el monte Cáucaso sometido a la recurrencia del destino hasta que –como contingencia– entró en contacto con el mismo Hércules.

A partir de entonces, el Semi-Dios jugó un papel fundamental en la mitogénesis, pues fue, finalmente, quien habilitó la comunicación, eliminando el proceso que la mantenía encerrada en su circularidad.

Hércules se encontraba realizando la onceava misión para el rey Euristeo, que consistía en robar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. A esas alturas de su gesta el problema del héroe ya no era el ejercicio de la fuerza, el arrojo o la destreza en el manejo de instrumentos, sino el del desconocimiento de la ubicación del punto exacto donde tendría que realizar su prueba. La dimensión humana reclamaba un conocimiento anticipado que Hércules no tenía, pero que sí distinguía al titán cautivo. Y es a él a quien se dirige para realizar un acto complementario en el que la capacidad de trabajo se uniese a la capacidad de previsión y ambos quedasen liberados: la ecuación que mueve al mundo.

Así Hércules mató de un solo tiro al águila, liberó a Prometeo y éste le reveló –a cambio– la ubicación del jardín de las Hespérides. Un nuevo ritual queda inaugurado y la alegoría de la producción se manifiesta. Ya sólo es cuestión de rescatar esa definición con la que coronamos este apartado: producir es habilitar el movimiento, lo cual sólo es posible mediante la aparición de “ruido”: un agente extraño que obligue a lo prescrito a transformarse para poder catalizarlo. El sufrimiento de Prometeo terminó en la ruptura del patrón sinfín y la duda de Hércules se extinguió en el hallazgo de una vía, una ruta –pensamiento anticipado–.

Lo determinado y lo indeterminado confluyen logrando que la comunicación aparezca como un sistema de tensiones entre el orden y el caos, el sentido y el

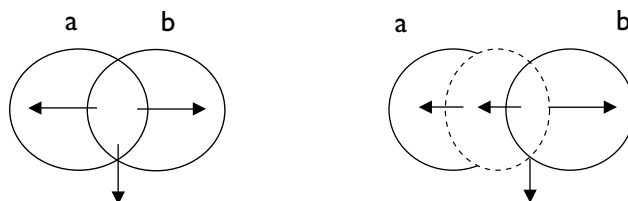
¹⁴ Envenenadas por la sangre de la Hydra, otra alegoría de la indeterminación.



sinsentido. Para Serres, esta coexistencia es equiparable con el parasitismo donde un agente dinámico debilita a la vez que fortalece a su anfitrión.

El parásito es ruido, entidad extraña que representa una excepción en cualquier nivel de orden, excepción que lo conduce a una revisión de sus estructuras y procesos de intercambio. Con la idea del parásito, Serres vence la perspectiva eminentemente estructural/funcional de la comunicación (que ve en la información elementos relativos a las meras funciones de percepción y correlación), asignándole un uso coyuntural para adecuarse al entorno y, a la vez, coexistir con sus propias articulaciones internas. El parásito es, consecuentemente, el factor que ajusta las condiciones prescritas en una relación, al ruido contextual interno en la misma (véase Figura 1). El conocimiento deja de ser un texto cerrado y demanda adecuación y comprensión permanentes.

Figura 1



Traducción

La traducción es el acto culminante de la analogía, pues supone la posibilidad de conducir a la misma a través de diferentes formaciones o estructuras de referencia. Es una posibilidad cognitiva avanzada (y comunicacional por ende) que redundará en comprensión y ensanchamiento del entorno.

Tras su liberación, Prometeo fue elevado al Panteón Griego y habitó con el resto de las deidades. Al supremo padre no le pasó desapercibida su contribución al establecimiento de lazos entre hombres y dioses, así como su papel de traductor o intermediario. El titán desde entonces se relacionó con la élite y su contacto con los hombres cesó. No obstante, portará —eternamente y como recordatorio de su gesta— un anillo forjado con las cadenas que lo sujetaron al monte Cáucaso, como símbolo de unión o elemento vinculante entre lo material y lo divino.¹⁵

¹⁵ Desde la semiótica de Peirce, no puede ser más elocuente la similitud con la función del objeto dinámico o signo como nexo entre lo primero material y lo tercero referencial.



La muerte del águila y la liberación de Prometeo por parte de Hércules aparecen como una alegoría de la manifestación de un tercer elemento que aplica el trabajo en pro de la expansión del sistema. La existencia de un agente dinámico que realice un trabajo en un esquema subyacente de prescripciones.

Para Michel Serres la opción de la comparación se reemplaza, en el mundo griego, por la opción de la similitud. La distinción entre ambos términos es sutil y parece casi inapreciable, ya que en ella “ipseidad” y “otredad” se relacionan, no en su totalidad sino en puntos específicos, gracias a un delicado proceso en el que la semejanza y la comprensión de una relación (type-tokens) se conjuntan. La traducción no es sino el proceso por el cual la complejidad se reduce a elementos que la representan, simplificándola (cfr: Serres, 1987: 12-15).

A partir del momento de su aparición, y en concordancia con la función de la comunicación, el cuasi-objeto, agente dinámico que simplifica, será identificado como el traductor: el elemento que proporcionará las bases para una mediación y para que ese encuentro entre dimensiones parcialmente opuestas tenga sentido. Sin el traductor el parásito sólo actúa como generador de cambios estructurales y éstos enriquecen lo ya formado hasta que dichos cambios operan en función del tiempo.

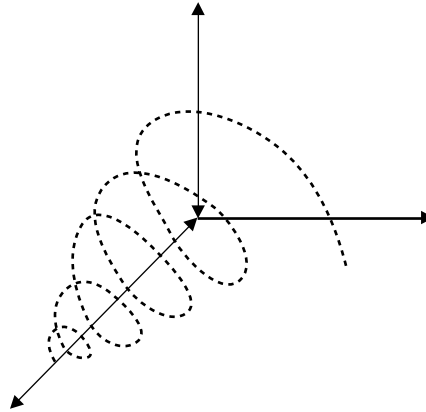
La traducción implica no sólo acoplamiento sino posibilidad de adecuación a marcos de sentido espacio-temporales.

La relación entre mito y epistemología, el paralelismo entre las gestas de los dioses y las luchas de los hombres, las metáforas y las reducciones propedéuticas, no son sino estas formas más complejas de analogía; el emplazamiento de figuras (quizá arquetípicas) que rellenan formas sucesivas y hacen que el conocimiento se articule como un todo coherente.

La comunicación en este punto cobra otra dimensión: gana, además de su riqueza productiva, un potencial reproductivo que engendra cambios coyunturales en estructuras precedentes. La diferencia entre ambos términos está en la capacidad generativa de novedad que conlleva la primera y en el afán por innovar sobre lo ya hecho que guía la acción en la segunda. A diferencia de los conceptos de producción, parasitismo y traducción imponen el reconocimiento de límites bajo los cuales opera el sentido. Y el sentido no es otra cosa que una formación que se sigue formando a sí misma en una especie de espiral (véase Figura 2), cuyo desarrollo cubre más terreno y convierte en prescripción cada nueva formación ontológica:¹⁶

¹⁶ El tránsito de Roma desde ser un pueblo sometido hasta el Imperio.



Figura 2

Y es así como las ciencias de la complejidad entienden una realidad que sólo puede asumirse como sucesiones de reducciones¹⁷ y redes de relaciones entre éstas; relaciones que se refuerzan o rompen en la medida en que la traducción opere como agente de dinamismo, demonio de Maxwell provisto de experiencia que permitirá o no la existencia de entropía en la medida en que ésta sirva al sistema.

Como establece Yuri Lotman:

[...] (el sentido) se nos aparece como una intersección en varios niveles de varios textos, que unidos van a formar un determinado estrato, con complejas correlaciones internas, diferentes grados de traductibilidad y espacios de intraducibilidad. Bajo este estrato está situado el de la "realidad": de aquella realidad que está organizada por múltiples lenguas [...]

Más allá de los límites de la semiótica de la cultura se extiende la realidad, que se encuentra fuera de los confines de la lengua. La palabra realidad cubre dos fenó-

¹⁷ Un ejemplo de las implicaciones de esta perspectiva lo dio Walter Lippman quien, en sus estudios sobre opinión pública y más concisamente en la noción de estereotipos, argumentó la imposibilidad de conocer sin reducir y sin un mecanismo adecuado de transmisión.



menos diferentes. Por un lado se encuentra la realidad fenoménica, según la definición kantiana; esto es, aquella realidad que se halla en correlación con la cultura, ya sea contraponiéndose ya sea fundiéndose con ella. En otro sentido, en un sentido nouménico (según la terminología de Kant), se puede hablar de la realidad como de un espacio que se halla fatalmente más allá de los límites de la cultura. Sin embargo, toda la construcción de estos términos y las definiciones cambian si en el centro de nuestro mundo colocamos no un “yo” aislado, sino un espacio, organizado de manera compleja, de múltiples “yoes” recíprocamente correlacionados (Lotman, 1999: 42).

A partir de este momento, el conocimiento puede entenderse como resultado de procesos encadenados de traducción en los que interactúan no sólo percepciones y correlaciones, sino adecuaciones en diferentes niveles de pertinencia. En palabras del biólogo chileno Francisco Varela, como la “[...] historia del acoplamiento estructural que enactúa (hace emerger) un mundo [y que funciona] a través de una red de elementos interconectados capaces de cambios estructurales durante una historia ininterrumpida [y que funciona adecuadamente] cuando se transforma en parte de un mundo de significación preexistente [...] o configura uno nuevo [...]” (Varela, 2005: 109).

Para cerrar este bloque tenemos entonces que el momento genésico se vuelve recurrente a niveles estratos en los que la traducción habilita analogías tanto en forma como en fondo. Estos niveles son los que Serres identifica como pliegues, los cuales no son otra cosa que meras formas de operación o acoplamiento a niveles estructural y funcional, a nivel de lo macro y de lo micro.

El fenómeno refiere al operar mismo de la cultura y se manifiesta desde las células de la sociedad hasta cualquier escala de organización. Recurrencia y la analogía son mecanismos de mantenimiento y extensión de un sistema cultural, que fundamentan tanto los vínculos de una familia, en mitos, rituales, memoria, racionalidad y sentido estético, como pueden hacerlo con los de organizaciones tan complejas como las universidades, los gobiernos o las corporaciones. Formas instituidas del manejo de la prescripción. Fundaciones.¹⁸

¹⁸ La fundación es un aseguramiento de elementos. Para nuestro caso, el que compete a aquellos que convergen en una prescripción y pueden trascender en el tiempo y el espacio. Roma se fundó gracias a su capacidad para autoproducirse y sintetizar –en su particularidad– excepciones que se presentan espacialmente, e inercias que se perpetúan en el tiempo. Del reino se avanzó a la república, de ésta al imperio y de éste a la división geográfica del mismo como un todo ordenado por el mismo código y cosmovisión: los pilares del mundo latino que se proyectaron desde que Rómulo y Remo establecieron la urbe entre el Aventino y el Palatino.



El atlas y las formas simbólicas en comunicación

La cultura nace de una demarcación y es una manera –simbólica– de recuperar una nueva no dualidad (comunicacional) entre todas las cosas (Salvador Pániker).

¿Y cómo expresar la no dualidad que enuncia Pániker si no es a través del acto traductor en el que un elemento, rompiendo dicotomías, vincula y genera nuevas dimensiones de relación?

Si la traducción puede ser comprendida tanto como reductor de complejidad y herramienta para que los sistemas “aprendan”, la cultura aparecería como el recurso para alcanzar esa “no dualidad” a través de la cual el hombre se convierte en “Ser Humano”, “Ser con Atributos”, consecuentemente, en portador de una propiedad a partir de la cual puede pensar anticipadamente su ontología, cuestionarla para transformarla.

Prometeo no sólo es imagen arquetípica del creador sino también del rebelde que duda de la prescripción y que, a través de la reflexión y el cuestionamiento, conduce a otras formas de la misma a partir de la interpretación. Parásito, tercero o agente entrópico. El Ser Humano, como su criatura, opera de igual forma y se somete sólo para romper cadenas, iniciando en cada liberación un nuevo ciclo de sujeción y de emancipación. Tal es la dinámica de la comunicación y, por supuesto, de la cultura, como el parámetro de articulación de las formas a través de las cuales ésta se manifiesta.

Considerar a la cultura en este contexto nos llevará entonces a hablar desde el marco de la antropología filosófica, arista del pensamiento que indaga la naturaleza del cambio por el que el hombre deja de ser sólo hombre para adquirir la condición de humano. Para esta perspectiva el hombre es ente simbólico que en los procesos de intercambio de sentido se encuentra a sí mismo y las condiciones de una “realidad” que dependen en su comprensión, por completo, de traducciones o procesos reductores de complejidad.

El filósofo Ernst Cassirer establece –precisamente en su antropología filosófica– que la cultura es un proceso de superación de las limitaciones físicas del hombre, en el que la liberación constituye el eje por el cual se edifica y perfecciona permanentemente un ámbito de relaciones de sentido que garantizan la coexistencia. Con fines de sostener lo argumentado en el presente texto, entenderemos entonces a la cultura como todas las directrices para las relaciones comunicacionales del hombre; relaciones que resultan extremadamente complejas y que –por lo mismo–



deben ser categorizadas en virtud de sus mecanismos de prescripción que habiliten traducciones.

Podemos afirmar, sin temor a sonar temerarios, que tanto para Ernst Cassirer como para Michel Serres el dominio del hombre es el dominio de la capacidad para fundar y desarrollar dichos esquemas prescriptivos con los cuales asegura y extiende su dominio de la "Realidad". Una ontología de la comunicación se manifiesta –forzosamente– en la evidencia de un Atlas (Serres, 1995a: 160).

"Todas las obras humanas surgen en particulares condiciones históricas y sociales y no se comprenderían jamás estas condiciones especiales si no fuéramos capaces de captar los principios estructurales generales que se hallan en la base de esas obras" (Cassirer, 1997: 64). Entre éstas figuran precisamente las formas simbólicas: míticas, históricas, lingüísticas, racionales o científicas y artísticas, de las cuales ninguna aparece independiente o puede ser pensada en forma aislada. Por el contrario, todas emergen de circuitos de sentido que van generando consenso en la medida en que se muestran exitosos en su capacidad para ser percibidos, correlacionados y adecuados a la memoria y al futuro. Una filosofía de las formas simbólicas no puede estar centrada en la estructura o sustancia (formas rígidas) sino en su capacidad funcional o de permanente adecuación.

"No podemos comprender la forma de pensamiento mítico primitivo sin tomar en consideración las formas de la sociedad primitiva. Es aún más urgente el uso de los métodos históricos. La cuestión acerca de qué sean el lenguaje, el mito y la religión no puede ser resuelta sin un estudio penetrante de su desenvolvimiento histórico" (Cassirer, 1997: 64). Pese a que el filósofo sueco parece dejar en claro que las formas simbólicas obedecen a una cierta distribución de fronteras que se verifican en las prácticas, la idea de un desarrollo permanente en las mismas acerca su pensamiento al de Serres, ya que para este último la acción de ruido como mecanismo transformador genera:

- En un primer momento la posibilidad de ubicar una plataforma de fondo, un sustrato histórico o una coyuntura de sentido que permita conectar las diferentes formas simbólicas y muestre que la comunicación se da no como algo estructurado sino como evento estructurante y catalizador de ruido.
- En un segundo lugar emplazando las prescripciones, productos o modos de conocer, como referencias necesarias para desarrollar nuevos alcances en las fronteras de dichas formas simbólicas, trazando mapas y generando un Atlas que se manifiesta como analogía de todas las comunicaciones posibles.

Para Serres es claro que el proceso generativo de la realidad es similar al que se da con la fundación de una ciudad (Roma) en sus mitos, sus rituales, su historia, su



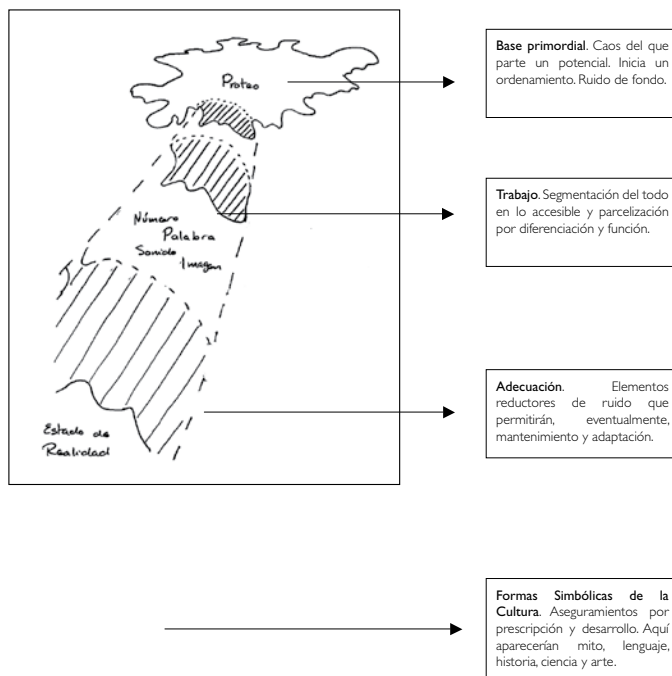
arte y mediante la extensión de los mismos allende sus fronteras: proyecciones que la transforman en imperio y en circuitos de tensión en donde el orden originario se enfrenta a diferentes contingencias que aparecen en el exterior o provienen del núcleo mismo de la fundación. Del mismo modo, con las formas simbólicas en sí, la dualidad y la contraposición, de hecho, parecen diluirse en la tendencia a la evolución o tránsito histórico común: un devenir que hizo que el mito se transformase paulatinamente en razón, ésta en ciertas formas de producción poéticas o el lenguaje se modificara en sus propias estructuras al entrar en procesos de traducción constantes.

“[...] no existe un fenómeno natural ni de la vida humana que no sea capaz de una interpretación mítica y que no reclame semejante interpretación” (Cassirer, 1997: 67). Precisamente por ello, el hombre no pudo haber desarrollado otras formas expresivas de carácter simbólico o poético que saltasen la fase de prescripción mítica como fuente de sentido.

La cultura abrevó de la naturaleza y la experiencia para construir esas bases de significación, y desarrolló formas rituales, gráficas y lingüísticas como parámetros prescriptivos que permitirían asegurarlos y garantizar sus cambios (cfr. Cassirer, 1997: 135-136). Fue entonces que la historia apareció como un mecanismo reductor de la complejidad que la propia idea de “cambio” representó, y por ello no es de extrañarse que se hable frecuentemente de formas o fuentes de la misma. Anales, historia política, historia social, historia oral o hasta microhistorias que no son sino formatos de traducción de la complejidad del simbolismo humano a devenires asibles. Mapas de los que emerge la analogía que Serres establece con el Atlas: el recurso prescriptivo más elaborado gracias a cuya convencionalidad se mueven y dirigen todas las comunicaciones posibles. El Atlas es el derivado de un nuevo proceso ontogenésico en el que la identificación, la correlación y la pertinencia se desarrollan, pero con base en las propias comunicaciones. ¿Qué mejor ejemplo de lo anterior que la propia ciencia, la forma simbólica que, en palabras de Cassirer, se presenta como la más elaborada, la más completa?...

Como se dijo ya en otro espacio (Garduño, 2012), la ciencia no es sino un proceso de generación de rutas que presenta, en la base de cada una de las disciplinas que la integran, la matriz del atlas del saber humano en su totalidad, y éste aparece como requisito fundamental para que sus fronteras (en tanto objeto, método, conceptos o convencionalismos y plataforma heurística) puedan originarse, asegurarse y adaptarse ya al ruido que sus propios postulados proponen, o a los desafíos externos. Así como Serres lo plantea en *Hermes I* (1996), la comunicación se hermana con la matemática al reconocerse como un código base para muchos otros códigos. Su proceder es gradual y su acción generativa a ir creando las posibilidades para percibir, correlacionar y dar pertinencia comprehensiva a “lo real”.



Figura 3

Y del esquema precedente (Figura 3) se llega a establecer una perspectiva para comprender la comunicación a modo de un proceso ulterior a cualquier conformación de fronteras estructuradas que, mediante su capacidad para generar orden (en la percepción, correlación y adecuación), se erigen como prescripción o criterio para estructurar y generar fronteras. Ante ello, toda comunicación subsecuente se materializará en fundaciones y se asegurará mediante procesos de generación de información propia que resultan ser altamente repetitivos y, hasta cierto punto, coercitivos (esto es: institucionalizados).

Concluyendo

Si bien el mundo de Prometeo es el mundo de la recurrencia y, como ya lo exponíamos anteriormente, se distingue por la capacidad —heredada por los hombres— para anticipar; implica a la vez la facultad de contravenir los estados previos de las



cosas para proyectar nuevos ideales. Contrariamente a la recurrencia funcional con la que Epimeteo condenó a las especies inferiores,¹⁹ la adecuación de nuestra propiedad ontogenésica al mundo se hizo cultural y se fundamentó en las posibilidades de una tensión permanente entre la estabilidad y la ruptura, que implicaron las series de prescripciones que guían nuestra mente y las salidas que a éstas generamos.

La comunicación es un principio ontológico que determina las entidades en términos de percepción (los hace visibles al distinguirlos), de relación (al establecer funciones y alcances de las mismas, teniendo consecuentemente una vinculación permanente entre el ente y su contexto) y de adecuación (o adaptación a condiciones físicas y culturales determinadas). La adecuación —en términos de cultura— aparece como un proceso fundamental en la construcción y expansión subsecuente de las estructuras humanas: esos mecanismos de relación en virtud de los cuales se redefinirán las fronteras del sentido como elemento distintivo de los seres comunicantes o comunicacionales.

Las estructuras de comunicación así como los procesos por los que ésta se desarrolla se entienden como prescripciones o series de axiomas o leyes por los cuales tanto objetivos como memorias se vinculan en el ejercicio de la comunicación. Ésta se asegura en dichas prescripciones y da base a la formación de fundaciones (instituciones).

Una vez asegurada, la comunicación no está exenta de experimentar nuevas condiciones de ruido o de inestabilidad en sus alcances, y por ello se hace capaz de revisar sus esquemas a modo de corregirlos. Ninguna prescripción en las formas simbólicas resulta inmune a la acción de la contingencia o de su propia reiteración; así, gracias a la aparición del parásito, la comunicación puede volverse contra la estructura que originó, transformándola para adaptarla o ajustarla a eventualidades internas o externas. El parásito se visualiza como un agente, pues es ruido que se identifica como tal y alimenta la capacidad para transformar el sistema y ¿por qué no?... para fortalecerlo.

La relación de la estructura con sus límites y con sus limitantes implica la aparición de dispositivos de traducción que permitan incorporar el ambiente al sistema o viceversa. De este modo, el traductor aparece como un tercero en la relación, que habilita las consecuencias transformadoras del parásito.

Este tercero, por lo general abierto a las condiciones de una relación dual y conocedor de ciertas propiedades informativas del contexto en que ésta se en-

¹⁹Y en este caso nos alejamos —por concesión a la metáfora— de la capacidad adaptativa de todo organismo, la cual no necesariamente se presenta en modo consciente.



cuentra, provee un recurso de dinamismo en el que la repetición (condición de aseguramiento de la fundación y la institución) es revisada y revertida privilegiando la partición de elementos emergentes que, a modo de metástasis, emerjan en nueva génesis y reproduzcan, de nueva cuenta, el proceso general de comunicación.

Las formas simbólicas, por ende, no son sino formas analógicas de contemplar una determinada matriz de orden (una percepción), de habilitarla al establecer funciones (correlacionarla), y de adaptarla a cambios en su entorno y en relación con otras formas (adecuación) a través de procesos dinámicos que reconozcan al ruido como motor y a su capacidad de eliminarlo o aprovecharlo como fundación. Así nace la historia.

La tragedia [de la historia o del devenir] aparece desde el brotar mismo de las aguas, es la máquina que construye unidades de tiempo, lugar, acción y carácter. Pero en esas aguas del tiempo tampoco faltan quienes caigan en la turbulencia de un remolino o quienes, por el contrario, escapen en el momento adecuado. Lo trágico transforma las multiplicidades en unidades [...] Aquí se encuentra la fundación o, ¿me atreveré a decir: la realidad? (Serres, 1991: 282).

Referencias

- Bordería, Enric et al. (1998). *Historia de la comunicación social*. España: Síntesis.
- Borges, J. L. (1999). *El hacedor*. Madrid: Alianza Editorial.
- Briggs, John y David Peat (1994). *Espejo y reflejo. Del caos al orden*. España: Gedisa.
- Cassirer, Ernst (1997). *Antropología filosófica*. México: FCE.
- Cassirer, Ernst (1998). *Filosofía de las formas simbólicas* (3 vols.). México: FCE.
- Deladalle, Gerard (1996). *Leer a Peirce hoy*. España: Gedisa.
- Fuentes, Raúl (2006). *Instituciones y redes académicas para el estudio de la comunicación*. México: ITESO.
- Garduño, Gustavo (2012). *Comunicación y ontogénesis en Michel Serres*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Hayles, Katherine (1993). *La evolución del caos. El orden dentro del desorden en las ciencias contemporáneas*. España: Gedisa.
- Johnson, Steven (2003). *Sistemas emergentes o qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software*. México: FCE.
- Lechte, John (1994). *Fifty Key Contemporary Thinkers from Structuralism to Postmodernity*. E.U.: Routledge.
- Livio, Tito (1999). *Historia romana*. México: Porrúa (apegada a primera edición: Salamanca, 1497. Versión de Francisco Larroyo).



- Lotman, Yuri (1996). *La semiósfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. España: Cátedra.
- Lotman, Yuri (1998). *La semiósfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. España: Cátedra.
- Lotman, Yuri (1999). *Cultura y explosión*. España: Gedisa.
- Lotman, Yuri (2000). *La semiósfera III. Semiótica de las artes y de la cultura*. España: Cátedra.
- Maturana, Humberto (1996). *La realidad ¿objetiva o construida? II. Fundamentos biológicos del conocimiento*. México: Anthropos/ITESO.
- Morin, Edgar (1997). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa.
- Morin, Edgar (1995). *El método vol. I. La naturaleza de la naturaleza*. España: Cátedra.
- Pániker, Salvador (2001). *Aproximación al origen*. España: Kairós.
- Serres, Michel (1982). *Hermes. Literature, Science and Philosophy*. E.U.: Johns Hopkins University Press.
- Serres, Michel (1987). *Hermès III: La traduction*. Francia: Les Éditions de Minuit.
- Serres, Michel (1991). *Rome (The Book of Foundations)*. E.U.: Stanford University Press.
- Serres, Michel (1995a). *Atlas*. España: Cátedra.
- Serres, Michel (1995b). *Génesis*. E.U.: Michigan University Press.
- Serres, Michel (1996). *Hermes I. La comunicación*. España: Anthropos.
- Serres, Michel (1997). *The Parasite*. EU: Minesota University Press.
- Stewart, Michael (14 de noviembre de 2005). "Prometheus", *Greek Mythology: From the Iliad to the Fall of the Last Tyrant*. Disponible en <<http://messagenetcommresearch.com/myths/bios/prometheus.html>>.
- Varela, Francisco (2005). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. España: Gedisa.
- Vasallo de Lopes, Immacolata y R. Fuentes (2005). *Comunicación: Campo y objeto de estudio*. México: ITESO.
- Watzlawick, Paul (2000). *¿Es real la realidad?* España: Herder.

Electrónicas

- <<http://www.theoi.com/Titan/TitanPrometheus.html>>
- <<http://www.authorama.com/old-greek-stories-5.html>>
- <<http://en.wikipedia.org/wiki/Prometheus>>Text is available under the Creative Commons Attribution-ShareAlike License.

